



José Luis Puerto

Antología poética

El tiempo que nos teje

[Un pulso de relojes]

Un pulso de relojes
Horada la armonía
De este perfecto instante en que la pluma
Desliza su galope por la intacta
Llanura y la convida
Al mágico festín de las palabras.

[En la otra parte de las ciudades]

En la otra parte de las ciudades
Habitan ciertas etnias
De dudosos colores,

Con esa extraña y general costumbre
De la melancolía,
Cuando el sol, en las tardes,
Alumbra los aleros
De otro niño perdido.

[Como si no labraran para el polvo]

Me parece el igual de un dios, el hombre
que frente a ti se sienta...

(Safo)

Como si no labraran para el polvo,
Tejieron en las cañas blanco lino
De la postrer cosecha. Las jornadas
Hilaron del estío bajo soles
Tórridos, calcinantes. Terminaron
La labor fatigados. El escriba
Ordenó redactar sobre la tela
Estas palabras que el tiempo borraría:
«Igual que un dios el hombre me parece».

[Atravesaron las ciudades]

Atravesaron las ciudades:
Buscaron el lugar en que los dioses
Esconden el secreto de la dicha.
Sólo hallaron cenizas,
Perpetuos laberintos donde se esfuma todo.

[Mientras era tu rostro la ribera del Esla]

A María, en Villacidayo

En los campos de la principal y antigua ciudad de León,
riberas del río Esla.

(Jorge de Montemayor)

Mientras era tu rostro la ribera del Esla:
Ninfas junto a los chopos tejiendo primaveras,
Diana entre los desnudos brazos del buen Sireno,
Y Silvano que acecha con fuego en la mirada.

Ya poblaban tu sangre los endrinos, las urces,
Los majuetos, el soto con negrillos, carrizas,
Zarzales, altimoras, lecherinas. Invierno
De la edad que cercena tesoros de la infancia.

[Hay un vals de palomas habitando la tarde]

Hay un vals de palomas habitando la tarde
Un delirio de ortigas sobre las azoteas
Las estatuas ocultan territorios de asombro
Por las enciclopedias transita la nostalgia
Aman los transeúntes el sabor de la sombra
Un racimo de lluvia galopa por las calles

Los pájaros al alba suelen morir sin gestos

[Inventaría una ciudad de sueño]

Inventaría una ciudad de sueño
En la que ardieran los atardeceres
Por los marchitos ojos
Del transeúnte que acaricia sombras.

Inventaría yo la sed de nuevo

Para acercarme al agua del copioso
Torrente de la vida
Y beber en su cauce que no sacia.

Un jardín al olvido

Un jardín al olvido

Era un tiempo de brezos con aromas de esquilas
Y un rumor amarillo del heno en los sobrados.
Las fuentes derramaban monótona salmodia
Y los labios su pura transparencia gustaban.
El recuerdo nacía de las macetas vírgenes
Con flores y fragancias y pétalos sin nombre.
Era un secreto espacio: soportales, rincones,
Celosías de sueño y esculpidos en sombra
Los ojos aurorales que la vida miraran.
Las manos esparcían semillas en la tierra
Y en los muros dormían recogidos los granos
En espera de soles que a la luz los abrieran.
Era una senda virgen llena de abecedarios
Secretos que en la tarde desgranaba la brisa
Y en las enciclopedias anidaban saberes
Que aprendían los niños con tonos de nostalgia.
Y los pobres vencejos coronaban de ausencia
Las gráciles campanas que tañeran al ángelus.
Era un tiempo de piedras en tristeza labradas
Y la lluvia ascendía lenta por la memoria
Humedeciendo el débil corazón de las horas
Mientras en las alcobas el amor dormitaba.
Tiempo, espacio, sendero, ¿a qué jardín conduces?
¿Dónde la llave virgen que nos abra tus rosas?
Era un jardín sin tiempo, sin dolor, sin memoria,
La inocencia brotaba en las ramas de un árbol
Que tuviera en la sangre sus raíces más hondas
Y las flores sagradas de la niñez perdida
Formaron los aromas de un secreto jardín,
Un jardín sin retorno,
un jardín al olvido.

Canción ante una puerta cerrada

Canção diante de uma porta fechada.

(Agustina Bessa Luís)

Ahora que ya nada nos queda
Del pasado
Sino un jardín en la memoria
Cerrado a cal y canto
Por el oscuro portalón del tiempo,
Venimos con la cítara a entonar
Esta canción
Ante una puerta ya cerrada.
 Ahora que ya nada nos queda
En el cabás de la ilusión:
Ni el amarillo olor de las cartillas
Ni el trazo fugitivo en las pizarras
Borrado por la sombra
Ni el rumor inocente de las enciclopedias
Con láminas gozosas
Con amplias cordilleras
En mapamundís de nostalgia
Con claras ecuaciones de estrenada niñez,
Venimos con la cítara a entonar
Esta canción
Ante una puerta ya cerrada.
 Ahora que ya nada nos queda
En la plaza sin muros del recuerdo:
Ni el corro en que los niños de la mano
Trazábamos los círculos de amor y de inocencia
Entre risas y cánticos y asombro
Ni los lienzos blanquísimos
En que absortas mujeres
Bordaban las polícromas figuras
De un sueño puro anterior al tiempo
Ni el toque de campanas de pureza
Desde torres de gozo
Anunciando la vida
Con badajos perdidos en la niebla
Que ya nunca escuchamos,
Con lágrimas venimos a entonar
Esta canción ante una puerta
Para siempre cerrada.

En aquel cortinal

Del cortinal las lilas
Caían en la tarde fugaz de primavera.
Niño, jugabas con la tierra
Bajo las copas de los guindos
Que ofrecían sus ramas a un delicado cielo;
Y las mujeres sentadas en los poyos,
Frente al sol, resguardadas,
Cosían en los lienzos, en las telas de lino,
El desamparo virgen,
La soledad primera
Que a diario vivíais entre un rumor de esquilas.
Era quietud el aire
Y los lirios labraban aromas en silencio;
Tañían las campanas un misterioso salmo
Mientras las golondrinas
Tejían de rumores el cendal de los sueños.
Y vosotras, absortas,
Penélopes del tiempo, del olvido,
Consumíais las horas en bordar la derrota
En retales que aún tiemblan
En las puras estancias del recuerdo.

En aquel cortinal,
Con las lilas de un llanto antiguo y lento...
¿Dónde la aguja que enhebrabas, madre,
Para en vida zurcir
Los rotos calcañares de la escueta pobreza?
¿Dónde los claros bastidores
Que recogen las telas
En que se hallan bordados ya de sombra
Los signos capitales de mi infancia?

La ropa tendida

Subid, subid a los terrados,
Asomaos a aquellos cortinales,
Mirad la ropa
Tendida a la mañana, a la luz de noviembre,
A un delicado sol que acaricia las telas.
Fijaos cómo el aire orea los tejidos,
Cómo en ondas los mueve
En sutiles vaivenes, cómo diluye el agua

Su líquida presencia.
Ved esa algarabía de gozosos
Colores
Que lanzan al espacio saludos naturales.
¿Quién durmió en esas sábanas de lino?
¿Quién la camisa limpia
Ensució con el vino, con la cálida grasa
Del cocido diario?
Tienen los calcetines nostalgia de unos pies,
Del calor de las botas
Que abrigan sus dibujos. El alambre
Cómo acoge la ropa,
Con qué fervor la mece en la clara mañana,
Cómo al aire la expone y la duerme en susurros.
¿Y las mujeres tendiendo sus barreños
En los balcones, en las azoteas?
Cómo colocan amorosamente
Los pañales del niño
Y acarician las telas
Con los escuetos labios de las pinzas;
Cómo redimen la rutina en estas
Cotidianas tareas.
Mirad, mirad la ropa,
Ved cómo con siseos nos saludan sus pliegues
Sintiendo
Cariñosa nostalgia
De nuestro cuerpo, nuestra piel, de nuestras formas.
¿Qué de nosotros está puesto a secar?
¿De cuál de nuestras telas
Hemos lavado las manchas del desánimo
Frotándoles el limpio
Jabón de la inocencia?
¿En qué alambre se olean nuestros oscuros linos
Hasta alcanzar al viento
Su perdida pureza?

Elegía por «la Luisa»

¿Quién devoró tus manos para el polvo?
¿De qué balcón colgaste
Las sábanas blanquísimas
Estampadas en tu cuerpo de verónica?
Lloran las ventanas,
Las paredes lloran.
Los hijos que no has parido nunca
Invocan tus senos de verdades

Rendidas en la tierra
Ante jacas infértiles,
Eternamente locas.
Ya no hay mañana para ti. Se fueron
Las últimas estrellas de tus noches de agosto.
¿Cómo te has muerto ahora
En estas alcobas tan de barro,
Tan de misterio, sin sangrar los besos?
Ya no vendrán los pinos
A llorar con sus larvas plañideras,
Ni tu boca dirá las palabras de siempre.
Te has ido
Y parece que aún no habías llegado
A anunciar por las calles
Tu muerte vespertina.
Ya no te morirás. Tu cuerpo aguarda
La llegada de todos los veranos,
Del otoño, del hielo. Tu semilla
La tienes ya sembrada:
Recogerás abrojos,
cardos,
olvido.

Ángel de luz

I

¿Dónde el ángel de luz
Que en aquel paraíso de inocencia
Guiaba nuestros pasos a un espacio de gracia?
Oleadas de sombra cercan nuestra morada.
Sin brújula, caóticos,
Caminamos errantes a un abismo sin fondo,
A una tupida ciénaga,
A una sima de niebla, fatal, deshabitada.
Roen nuestra memoria
Turbulentas ciudades, avenidas desiertas,
Transeúntes que pasan
Sin mirarnos el rostro,
Sin escrutar la vida que late en nuestros ojos,
Sin mostrarnos siquiera su corazón herido.
Reino de soledad, de tinieblas, el mundo
Fugaz en que habitamos,
Esfera que, beoda,

Se pierde en los espacios letales de la noche.
Y, sin embargo, entonces...
En aquel paraíso de inocencia
El ángel de la luz
Nos mostraba un jardín cordial de mansedumbre,
Una rosa embriagada
De amor y de belleza,
Un espacio de vida donde encontrar caminos
Que, lentos, condujeran
Al prado aquel de flores bien tupido
Donde el pobre romero
Encontrara reposo bajo un árbol de dicha.

II

Era el tiempo pausado del cabás y la siembra.
En la escuela los sábados,
En Historia Sagrada,
Coloreábamos de luz,
De ilusiones y magia,
Las viñetas del margen de las enciclopedias.
Aquel dibujo virgen
Del ángel que guiaba con sus alas a un niño,
Aquel dibujo de emoción
Que fiel nos transportaba
A ignotos territorios de inocencia,
Coloreamos con pasión aquella
Mañana que se alberga en la memoria.
Surgían con viveza de nuestras manos niñas
El rojo de las túnicas y el azul de pureza,
El ocre de la tierra y el intenso amarillo
De un gozo compartido
Con pan y chocolate.
Y el ángel protegía lleno de luz al niño
Guiándolo amoroso
Por hermosas estancias
Habitadas de amor y de dulzura.
Luego vino otro tiempo de ciudades y máquinas.
Y fuimos arrojados a avenidas de niebla,
Donde habitan extraños
Sin ojos ni latidos,
Y quisimos buscar las alas de aquel ángel
Que en la niñez dichosa
Alegres dibujamos
Para que en las extrañas calles nos orientara
Y llenara de luz la noche de la vida.
Fuimos al pueblo un día,

A la casa paterna, pobre, deshabitada,
Y buscamos con ansia aquella enciclopedia,
Pero el ángel no estaba.
El papel ya decrépito y muy desdibujado
Se deshizo en las manos
Que temblando lloraban
Por una edad de gozo, por una edad de gracia.

Retrato de mi abuela Juana por José Ortiz Echagüe

Toda en tu rostro la semilla
Misteriosa de un tiempo soterrado
Bajo zarzas que, ardiendo, no consumen su llama,
Bajo fuentes que cantan un secreto murmullo.
Toda en tus ojos la tristeza
Tan serena, tan lenta, tan antigua
Que descansa en profundas raíces enterradas
En la oscura materia que en silencio germina.
¿Desde dónde nos mira
Tu quietud, tu reposo?
¿Dónde llevas esa fecunda luz
que en tus pupilas late?
Sobre tosco bufete apoyadas, tus manos
Revelan hondos surcos de sed, de sufrimiento,
Y esconden amorosas
Caricias de las noches
Que florecen de gozo en las alcobas;
Tiernas manos
Para el amor labradas
Que consumen su tiempo entre pucheros,
Entre ropas, labores
Que prolongan calladas el ritmo de los días.
¡Qué misterio convoca tu mirar abstraído
Celebrando los claros rituales de la vida;
Y tus ojos
Cuánto asombro derraman,
Cómo nos interrogan
Desde un reino de sombras por tu amor habitado!
Y cubriéndote el pelo
Llevas mantilla de pureza,
Y engalanan tu escondido pecho
Alhajas, relicarios, brazaleras, corales,
Rosarios, medallones,
Que vienen en silencio
Desde un tiempo ya antiguo

Lleno de mil celebraciones
Y de fecundos ritos resueltos en tristeza,
La tristeza que guardas
En tu rostro semilla,
La tristeza que alojas en tus ojos raíces.

Niño de los cincuenta

Niñez de leche en polvo
Y queso americano.
Por las enciclopedias galopa la nostalgia
Pupitres Aritmética secantes
Ebrios caballos entre los renglones
Por la caligrafía de la ausencia.
Manos engarañadas
Labios que abren al mundo un pórtico de luz.
Cromos en los bolsillos
De artistas y migajas
¿Dónde estás Mara Laso?
¿Dónde tu rostro vivo amarillo en los cromos?
Intercambios platillos y chapas de botellas
Los guardias y ladrones
Domingos catequesis remudarse
Ropa limpia botones
Que abrochan la tristeza de las tardes.
Y de los ojos luces que acarician las cosas
Fuentes aves senderos
Soportales la plaza
Gritos lluvia la lumbre
Y en los inviernos lenta deslizándose
La nieve por la sierra por laderas
Entre brezos chaguarzos
Agazapada por las calles
Como animal herido entre las piedras
Sucia por las pisadas.
Y el cabás con los lápices
Con cuadernos con risas
Guardadas entre mudos
Signos de las pizarras. En la torre
El sonoro volar de las campanas
Que taladran el aire.
Y un niño ensimismado bajo los soportales
Sintiendo el mapamundi rojo del corazón...

La sala

Las ramas del cerezo llegaban a la sala
Con su intenso frescor y el rojo de los frutos
Por la ventana abierta.
Y la brisa del río movía las cortinas
Con un vaivén de flores estampadas de luz
Ondas blancas de sueño
Ninfas que de las aguas moraban en las telas
Que el viento en la ventana meneaba despacio
Con pausado rumor.
La mesa de nogal en el centro callada
Con florero de vidrio, con secretos aromas
En la muda penumbra.
En la pared la cómoda con sus adornos quietos
El conventino, tazas, fotos, recuerdos, vírgenes
Ingenua devoción
Y los cuadros colgando con escenas sagradas
De los muros blanquísimos, Cristo y la de Samaria...
Qué estampas tan intensas.
Las alcobas guardaban misterios de la noche
Horas de amor gastadas en abrazos y entregas
En repetir la vida
¿Qué secreto encerraba la noche en las alcobas
De la sala dormida? Albergaba su olor
La estancia en las mañanas
Olor cálido, humano... Sobre los maceteros
De los rincones plantas con sus hojas colgaban
Derramando el verdor.
Y en el palanganero la toalla de lino
El jarrón y el espejo y un rostro que soñado
Se escondiera en su azogue.
El niño abría la puerta de la sala furtivo,
De aquel prohibido espacio. Volaban las cortinas
Con sus ondas suavísimas.
Los objetos le hablaban con un lenguaje mudo
Dirigido a sus ojos, ojos desorbitados
En la contemplación.
Y cerraba la puerta con sigilo, con tacto,
De aquel jardín vedado para sus ojos niños.
Las ramas del cerezo...
De su ilusión brotaban.

Por el camino de los robles

Por el camino de los robles
Llevan los niños los ganados
A praderas que bajan
De las montañas vírgenes
Y zumban los oscuros moscardones del tiempo
Que anidan en las hojas
De lobuladas geometrías
Y en ramas adornadas con pendientes
De redondas bollágaras.

Por el camino de los robles
Se entretienen los niños
Cuando el ganado ramonea
Al pausado compás de cencerras, de esquilas
Con sones que se pierden en la luz, en el aire.
Y contemplan absortos
El callado libar de las abejas
En las flores del brezo,
Del chaguarzo, la escoba,
Del tomillo que obsequia con morados aromas.
Y buscan lagartijas,
Saltamontes o grillos,
O tesoros de sueños nunca hallados,
En el áspero tacto de los robles.
Y temen a los duendes
Que en el bosque se ocultan
Y que en metamorfosis de gigantes, de enanos,
De brujas o dragones, de grifos o de ogros,
De súbito aparecen, devorando a los niños;
Y ante el miedo se aprietan
Unos contra los otros
Y afrontan temerosos
Batalla imaginaria, desigual y perdida
Contra fieros y crueles adversarios...

Por el camino de los robles
Sigo yendo a llevar otro ganado:
Las reses del recuerdo que en estío
Pastaban en los limpios prados de la inocencia
Y en hilera volvían mansamente
Con los niños aquellos ya perdidos
A descansar en los establos cálidos
De la noche sin tiempo.

Peña de Francia

En la alta cima, donde está la Madre

Morena con el Niño en su regazo,
Tengo la parte hermosa
Del corazón primero.
A la alta cima, elevación purísima,
He ascendido de niño por atajos
Escarpados, estrechos,
Con repletas alforjas de emoción,
A encontrarme de frente
Con la raíz, la rosa,
La fontana suavísima de que mana la vida.
Y era duro ascender en las mañanas frías
Cuando la brisa helada de pequeños regatos
Nos atería el rostro
Y el cansancio crispaba
Las piernas infantiles,
Mas el pecho era todo llamarada,
Era fuego vivísimo
Que impulsaba a los pobres peregrinos
A subir a la cima
En que está la Señora que protege
Sus vidas olvidadas.
Y juntos ascendíamos gozosos
Entre pinos, chaguarzos, castaños,
Entre guijarros, piornos y pizarras,
A estar con la amantísima
Madre que nos besaba
El fatigado corazón.
 En la alta cima, misteriosa y muda,
Entre rocas y riscos y canchales
Se encuentra -tan lejana-
Perdida mi niñez.

Caballos

Que vuelvan los caballos
Del tiempo a mi jardín,
Que pasten en las hondas
Praderas de mi pecho.
Nutre como la sangre
La roja hierba de mi corazón.
Siento aún el galope velocísimo
De esos latidos que me llevan siempre
A aquel jardín lejano,
A aquel espacio virgen
Lleno de castaños, de granito
De enciclopedias que atesoran

Los enigmas del tiempo.
Que vuelvan los caballos,
Tengo caminos para su galope
Que llevan a un jardín, a mi jardín
Con rosas de inocencia, con aromas
Que atraen las caracolas del recuerdo,
Tengo praderas en el mapa mudo
De la niñez,
Allí qué pastos hallarán, qué arroyos
En que abreviar felices,
En que calmar la sed
Del pasado, tan lejos;
Aún tienen hierba mis laderas prístinas
Y el agua de la vida aún las riega.
Que vuelvan los caballos
Del tiempo a mi memoria,
Que traigan los recuerdos
En alforjas de magia;
Hace tiempo que espero su galope
Por las secretas vías de mi infancia,
Hace tiempo que esperan mis oídos
Escuchar su galope;
Están de mi jardín las puertas bien abiertas
Y en las altas planicies de mi pecho
No existe ningún muro
Para impedir su paso.
Si vienen les daré las rosas de mi sangre.

El viejo afilador

El viejo afilador llegaba por otoño
En pobre bicicleta de abandono oxidada
Con un exiguo fardo de soledad repleto
Con ceniza en los ojos de una apagada lumbre.
Y al morir de las hojas sonaba su instrumento
Que caía en las calles anunciando su vuelta
Que caía en los pechos ya de amor embotados
Por hondas melladuras del corrosivo tiempo.
Bajaban las mujeres de las oscuras casas
Llevándole tijeras, petallas o cuchillos
Castigados en ásperos usos de la pobreza
Y el desgastado filo de duros corazones.
Y el viejo afilador hacía girar la rueda
Y aguzaba los cortes y aguzaba los pechos
Con mansa lentitud como un caer de hojas
Que en giros amarillos al corazón llegaran.

Y curiosos los niños en corro rodeábamos
Al hombre que en un poyo su merienda sacaba
Y gozosos veíamos su lata de sardinas
Abierta cual tesoro para engañar el hambre.

Al volver los rebaños y los hombres del huerto
Cansados del trabajo de recoger los frutos
El viejo afilador marchaba en el crepúsculo
Y en lentas pedaladas se perdía en la noche.

Se perdía en la noche su mirar de ceniza
Hasta que en otro otoño por el pueblo volviera.
En las gentes quedaba embotado su pecho
Mellado el corazón y la vida apagada.

Hacia el oeste está mi corazón

Hacia el oeste está mi corazón.

Un oculto jardín
Que al olvido me lleva
Donde brotan violetas, castañares, recuerdos,
Donde crece el amor entre semillas vírgenes.

Hacia el oeste está mi corazón.

Un delirio de torres
Meciéndose en las aguas
Palpitando en sus piedras amarillos temblores,
Reflejando en sus rostros un misterio de espigas.

Hacia el oeste está mi corazón.

Allí perdí por siempre
Mi niñez entre ortigas,
Allí sembré rosales de ternura en el alba
Y allí regresaré en caballos de niebla.

Porque...
Hacia el oeste está mi corazón.

Visión de las ruinas

Monleón

Los grajos acuchillan la tarde con sus quejas,
Con su ronco graznar
Tiembla la hoz del río,
Dan vueltas al castillo y coronan la torre
De negra majestad sobre las ruinas.
Por los caminos vuelven
Los carros con las cargas,
Con las cajas de fresas recogidas en junio
Por lentos campesinos de silencio y espera.
Recinto amurallado,
Entramos por la puerta que conduce hacia el centro,
Junto a ella se levanta
Un verraco granítico,
El pasado remoto toma forma en la piedra,
El tótem protector contra el peligro
Mudo en su pedestal esta tarde de fresas.
Sentados en los poyos, los ancianos
Meditan con la luz de su mirada
La derrota del tiempo.
Las murallas en ruinas no defienden el castro,
Su desamparo expresa
Decadencia presente,
Esta tarde de junio, esta tarde de fresas,
De aromas del saúco en las hoces del río,
Mientras sola y sin quejas
Se va yendo la luz.

Aquí otro tiempo estuve
Cuando era adolescente,
Era un tiempo sembrado de latín y gramáticas.
Por caminos de robles y de cuarzos purísimos
Llegábamos a ver el pueblo amurallado,
Los grajos resonaban en la hoz
Lo mismo que esta tarde embriagada de fresas.
Sólo que ahora conozco
Que el tiempo nos derrota,
Cuando entonces creía
Que el paso por los años

era de plenitud.

La tristeza

Es una ortiga la tristeza
Que nace entre los páramos del tiempo.
Es una flor de erial,
De tierra de pastores,
Lleva el nombre grabado
En la dura cayada de las horas.
Es cual flor estampada
En las hojas del alma
Donde queda su marca allí con manchas turbias.
De ella sabe el pastor
En sus horas de espera,
La conoce el muchacho si faltan a su cita
En las noches despierto, desvelado en la cama.
Es una ortiga la tristeza,
Crece en la tierra húmeda
Encharcada de tiempo.
Su picor es tan agrio
Que llega a las planicies
altas del corazón.

Visión de las ruinas

(Monasterio de Santa María de Gracia, San Martín del Castañar)

1

En la tarde de julio
Fuimos buscando el valle:
Mejorana, chaguarzos, geometría quebrada
Del cuarzo por los suelos,
Los insectos zumbando en los bosques de robles.
Seguimos el camino

Entre tierra y chinarrros,
Castañares tan frescos en los prados
Que pastaban las vacas con sus sonos de esquilas.
Y en la mitad del valle
En aquella ladera ensimismada,
De pradales y robles y negrillos
Y de acequias y caños
Que desciende hacia el pueblo,
Vimos rotos los muros,
Quebradas las techumbres,
Hundido ya en la tierra el templete del agua
De aquel recinto sacro
Donde oraron los monjes.

2

Donde oraron los monjes
Hoy las zarzas
Hoy cornisas caídas, esgrafiados maltrechos
Hoy grietas que recorren la frente de los muros
Hoy lagartos que al sol su latir aletargan
Hoy bosque en las sobrias estancias de otro tiempo.
Donde oraron los monjes
Trepan hiedras
Por el templo, los atrios y por el refectorio
Cuyo púlpito al aire predica desamparo,
Trepas el olvido por los muros. Los negrillos
Elevan su verdor hacia un cielo limpiísimo.
Donde oraron los monjes
La maleza
Reina con el descuido de los hombres, del tiempo
Los signos se diluyen por entre los ramajes
Dovelas menos frágiles esperan las arcadas
El sueño busca un tiempo de oraciones y cánticos
Donde oraron los monjes.

3

Si algún día conociera
Las ruinas que en mí habitan:
Arquitrabes maltrechos, pechinas que al ceder
Hunden todas mis cúpulas,
Sillares en desorden que ya no forman muros
Los muros tan derruidos

De este mi corazón.
Por qué sendas llegar al valle de mis ruinas
Cegadas por las zarzas, tupidas por los árboles
De un desamparo antiguo;
Dónde encontrar el valle
Tan lleno ya de sombras
En que mi monasterio se alberga tan oculto.

Erigir, levantar
He aquí nuestra tarea,
Sobre ruinas, cenizas, sobre limos
¿Mas con qué materiales sobre tantos despojos?
Convocar la memoria
Que desbroce la noche
Que desbroce las ruinas, que desbroce la muerte
Y levantar los muros
De otro tiempo ya nuestro.

Paisaje de invierno

Variaciones sobre un paisaje de invierno

3

Y tu ojo, ¿hacia dónde tu ojo dirigido está?

(Paul Celan)

Como quien ejercita la mirada
En la contemplación de la ladera:
Los prados en declive hacia los valles,
Paredones de piedras que circundan los huertos,
El saúco en espera de sus granas
A la orilla del cauce.
Las nogales extienden por el cielo
La celosía de sus ramas

Y los guindos esperan en sus frutos
La plenitud de su latir callado.
Los bulbos de los lirios en la tierra
Recogen el dormir
De pétalos, estambres, corolas y pistilos.
El narciso amarillo (campaninas)
Reposa en la quietud de las raíces
Con toda su belleza recogida.
Y todo espera el tiempo del brotar.
Recorre el paseante los caminos
Y se encharca de formas, de colores, de luces
Y medita un momento ante el paisaje:
«Detenerse a mirar,
Todo está en el jardín para nosotros,
Y sentir que seremos lo que amamos».

Suite de Zurbarán

3

(Bodegón Contini-Bonacossi, Norton Simon Foundation,
Pasadena)

Los dones de la tierra en su quietud,
En su estar alojados
En el plato de estaño, en el cesto de mimbre,
No piden más que una mirada abierta
A la extensión callada de sus formas.
Limonos con sus picos,
Naranjas con sus hojas y sus flores de azahar,
Son un ofrecimiento a nuestra vista.
¿Y el vaso con el agua
Junto a la rosa ya de pétalos marchitos?
Reposan en el plato y como en sueño
Están en el espacio de la mesa.
Nada nos piden sino el ver su estancia,
El húmedo remedio de la sed,
La derrota en el tiempo de su aroma.
Todo es entrega aquí, todo es regalo
Mas nunca dirigido a la lujuria,

Tan sólo a la armonía de los sentidos,
Al secreto equilibrio
de las celdas del alma.

4

(La Santa Faz, Museo de Bellas Artes, Bilbao.
Crucificado, Art Institute, Chicago)

¿De qué telar los paños,
Los lienzos que contienen la pasión y agonía
Del Hombre que se da?
Rostro y cuerpo en el blanco de las telas,
La urdimbre del dolor,
Impresión de la huella de la muerte.
¿Qué manos las tejieron?
¿Qué manos espadaron la corteza del lino?
¿Qué pincel otorgó al blanco tanta luz?
El rostro del dolor, la quietud de la muerte,
El lienzo que rodea del cuerpo la derrota
O que esculpe la faz atormentada
En su blanca textura.
Y detrás las tinieblas que resaltan las formas
-Juego de sombra y luz-,
Que delimitan sus perfiles nítidos.
¿De qué telar los lienzos?
¿De qué pincel el blanco entregado a la luz,
La serena belleza del Hombre tras la muerte,
El tormento del rostro recogido en el paño?
Pureza y mancha juntas,
La urdimbre del dolor y de la muerte.

5

(El Niño Jesús hiriéndose con la corona de espinas en la
casa de Nazareth, Museo de Cleveland)

La callada presencia de las cosas
Como en sueño entregadas al espacio.
En la mesa, los libros

Reclinan su saber junto a las peras,
Dos paños con sus pliegues
Reposan recogidos en el cesto.
La vasija de barro y las palomas
Se ofrecen a la estancia en su quietud.
¿Y el jarrón de las flores?
Azucenas y rosas otorgan al espacio
La embriaguez de su aroma, de sus formas los límites.
Herido por la espina de la amarga corona
El Hijo ensimismado se contempla
El dedo del dolor
Y la Madre lo acoge en su mirada,
En la vasija de sus ojos.
Y todo en el reposo nos conduce
A la ebriedad del blanco, a su celebración:
Palomas, azucenas, el canto de los libros,
Paños en el regazo de la Madre y del cesto.
Nada piden los seres,
Nada piden las cosas,
En esa su quietud resuelta en geometría,
Sino nuestra mirada
Que es salvación hospitalaria, entrega
Que transforma en latido cuanto abarca.

Paisaje de invierno

1

Del invierno
La luz,
La claridad de la visión, la espera,
El contorno preciso que el aire da a los cuerpos,
La desnudez suprema de los árboles,
La tierra en su matriz, henchida de los granos,
El frío con sus alas, ángel tan aterido,
El gris nácar del cielo.
Del invierno
Granitos que cabalgan por los montes,
Verracos detenidos en su sueño de piedra,
Musgos en las paredes quebrados por el tiempo,
Fachadas con el rostro ensombrecido,
Laureles en las huertas, que coronan el aire
Y las nogales todas durmiendo en la ladera

Que conduce hacia el norte.
Del invierno
La luz ensimismada, el contraerse
De la materia hacia su corazón,
La nieve que dilata en el espacio
El rumor del silencio, la blancura
Y el hombre que en su estancia medita en la derrota
Mientras pasan las horas.
Del invierno.

[Amor, Honolulu qué lejos queda]

Amor, Honolulu qué lejos queda
En este mapa mudo de nuestro desamparo.
Allí Honolulu con palmerales,
Con negras de Gauguin multicolores,
Abanicos y labios tan sedientos
Y la brisa, el salitre
De una mar perezosa allá en el trópico.
Amor, Honolulu qué lejos queda.
Y nosotros aquí
En el páramo gris de la rutina,
En esta orilla gélida de los años que pasan,
Consumiendo retinas en la espera
De ciudades, de espacios más propicios,
De rosas que florezcan en la sangre.
Amor, Honolulu qué lejos queda.
Y nosotros aquí
Sin palmeras, sin nada.

Ronda

Ciudad de la ascensión,
Del vértigo, del aire,
De la luz dilatada,
Dime qué ángel roza
Con su ala tus tejas,
Tus calles, tu silencio;
Qué ángel en ti habita
Y tiene su morada
En tu escondida estancia.

Cuando te visité
Era angélico el aire,
Angélica la luz
Y angélico era el vértigo;
Por tu tajo ascendían
Con sus alas los ángeles.
Y rozaba mi rostro,
Mi corazón, mi pecho,
Suavísimo plumaje.
Ay, cómo te recuerdo,
Ronda, ciudad angélica.
Ay, si viniera en mí
El ángel a posarse.

Doncel de Sigüenza

En la antigua ciudad,
Recostado en la piedra, piedra él mismo,
Un caballero, llenos los ojos de tristeza,
Medita con un libro
Entre sus manos frágiles.
Lleva abiertas las hojas
Y él reposa callado
Tras tanto guerrear contra el infiel
En pasadas batallas donde encontró la muerte:
«Huye el tiempo y la vida
Del árbol otoñal ya se desgaja
Para pudrirse con las hojas secas
En el fangoso suelo de la muerte.
Huye el tiempo y nosotros
Nos vamos hacia el reino de ceniza
De la nada...».

Toledo en la tormenta (El Greco)

Desciende de los cielos
Sobre almenas y torres,
Sobre augusta ciudad
Trazada con el blanco de la plata,
La tormenta y su furia.
Entregada a su vértigo,
Al fuego de la luz y la tiniebla,

La ciudad indefensa entre los montes.
Cubre el cauce del río
Una honda oscuridad que niega el mundo.
¿En ese espacio estamos?
¿Quién habita en las fábricas labradas
Por las manos de maestros alarifes?
Arrebatadas luces
En torbellino encienden el espacio.
¿No veis los árboles, las plantas,
El caserío, las hierbas,
Fulgir en el color al que se entregan
Entre los intersticios de las sombras?
Está en nosotros, en nuestras estancias,
Ese espacio tormenta,
Ese vértigo oscuro, vertical,
Que iluminan las alas de la luz
De azul, de plata y verde.

Luis Cernuda

Dijo el cantor:
«Algún día
Seré las cosas que amo».
Quería ser el cuerpo de aquel joven marino,
Rosa, fuego, magnolio,
Limonero, jardín
Cerrado al que en secreto
Se adentra el hombre solo,
Fuente tras la vereda
Que esconde su agua limpia...
Siempre ardiente deseo de alcanzar el amor,
De realizar el sueño
Que late en las palmeras de la sangre.
Mas el hombre que amaba
Sufrió exilio del reino,
Con pasos silenciosos
Cruzó las avenidas de la niebla,
Ausencia, soledad lo acompañaron
Y la muerte albergose
En su rendido corazón.

Los bárbaros

Hoy llegan los bárbaros

(Constantino Cavafis)

Si vinieran los bárbaros, qué bien,
Cuánto desorden traerían,
Cuánta vida en sus grupas,
Cuánto nuevo perfume
Con que orear las viejas convenciones.
Se iría aburrido el tedio
Con su amada rutina
A otro reino, tan lejos...
Las sedes de justicia y las magistraturas
(Tanto estéril palacio
Como habita en nosotros)
Se esconderían lívidas
Ante el vital galope de los bárbaros,
No crecería la hierba de nuestro aburrimiento
Bajo sus herraduras
Ni ya la hipocresía reinaría en los rostros
De tantos transeúntes.
Si vinieran los bárbaros, qué bien.
Pero el campo es estéril,
No se divisa el polvo de las huestes
Ni se oyen sus galopes.
Dicen que ya no hay bárbaros,
qué pena...

La estancia

El espejo recoge las luces de la tarde
Y la fuente derrama misterioso rumor
En el jardín cercano.
Trepa la hiedra hasta el balcón. Los pájaros
Dilatan su volar entre las ramas.
Recinto sosegado por la cal
Que regala al espacio su blancura.
Las paredes calladas delimitan el ámbito,
El jardín interior en el que el hombre
Sueña o medita mientras pasa el tiempo.
El mundo en su quietud está cifrado

En la estancia con todos sus contornos:
El blanco de la cal en las paredes,
Las rojizas baldosas en el suelo,
Del techo las maderas, oscuro artesonado,
Y la puerta y ventanas que atesoran
La geometría de sus cuarterones.

Abre el hombre su libro
Dispuesto en el atril sobre la mesa,
Sus palabras le prestan sosegado consuelo,
Mientras se van las horas,
Mientras llega la noche.

Invierno

1

Paisaje invernal con patinadores y trampa para pájaros.

(Brueghel)

El paisaje habitado por la nieve
Recoge entre sus límites
La extensión de la vida:
Juegan los niños sobre el cauce helado,
Patinan y se entregan al fluir
Ajenos a la trampa de la muerte.
¿Quién habita en las casas, quién se encarga
De atizar los rescoldos de la luz,
De mantener el fuego?
Los árboles sin hojas y en letargo
Ofrecen al espacio la extensión de sus ramas,
Todo es entrega en ellos y los pájaros
Reposan su volar entre la urdimbre
Vegetal de los árboles.
¿Quién ha puesto la trampa?
¿Quién detrás de la muerte
Convoca tantos vuelos a su imán?
Movimiento y quietud entre los límites

Poblados de la tela,
Juego de vida y muerte al que se entregan
Los niños y los pájaros, los árboles
Y las casas cubiertas por la nieve.
Todo en espera del brotar, la vida
Se esconde agazapada entre los fríos,
La celosía de las ramas traza
Geometrías del aire,
Por el cauce del tiempo patinan los muchachos
Y la muerte no es más
Que negación del vuelo.

2

Winter.

(Paul Klee)

Dentro de este mundo no se me puede comprender, pues
tanto vivo con los muertos como con los no nacidos, algo
más cerca de la creación de lo que es usual y, ni con
mucho, suficientemente cerca.

(Epitafio, Paul Klee)

Entre el cielo y la tierra
La sutura del límite
Y, en la herida, el color entre el aire y lo sólido.
Aún celebran las formas el gozo de ser formas,
De ser círculo, curva y lados del triángulo,
De ser rectas que enmarcan ese rombo violeta,
Perfil de la montaña en un zig_zag de líneas
O rectángulo erguido sobre una basa azul.
La materia es la forma que contiene al espíritu
Y es ángel esa nieve que descende a la tierra.
¿Y qué será la muerte
Ahora que todo cesa,
Ahora que todo yace en las criptas del fondo?
El blanco en la materia de la nieve,
¿No esconde los perfiles de las cosas?
¿No es caricia, regazo y envoltura
De purificación?
Mirad los árboles erguidos, cómo

Estelas de la vida son sus ramas,
Sus troncos, su presencia,
Y desnudos recogen el latir
Ahora que todo es muerte, letargo, atarimientto;
Los árboles-estrellas que interrogan al aire,
Que impugnan a la muerte con su sola presencia,
Que despliegan sus ramas como en ofrecimiento.
El azul borrascoso de los cielos
Y el blanco de la tierra cubierta por la nieve.
¿Y dónde se halla el reino de los muertos
Y de los no nacidos?
¿Aquí, en esta pureza,
En esta entrega al mundo de lo que tiene forma
Y que alberga la vida en sus estancias?

Las sílabas del mundo

El territorio

Es la imagen de un hombre
Que va por el camino frente al mundo
En un día de lluvia.
Lleva un aspecto oscuro,
Abrigo y traje del color del día,
Un rostro acuñado por el tiempo,
Unos ojos con todas las imágenes,
Con todos los dolores y alegrías
Que en las entrañas albergarse puedan.
Y avanza frente al mundo.
Conoce el territorio de la mujer, amada
En cuyo lecho halló la plenitud
Entre sábanas blancas tan amigas del aire;
Y lleva las señales en su cuerpo
Del amor, patria oscura, del abrazo.
Aunque él se sabe solo
Y recorre el camino lentamente
Pero con paso firme, convencido
De que no hay vuelta atrás, sí, frente al tiempo.
Miradlo cómo avanza.
Esos grises celestes
Que envuelven aire y tierra, borrascosos,
Lo acogen a él también.

La seriedad de su mirada esconde
Los momentos de gozo, de ternura
Que le han sido otorgados a su cuerpo,
Escondido caliente entre las ropas,
Como don que a la amada fue ofrecido.
Y los árboles que hay junto al camino,
Movidos sin piedad por los grises del aire,
Apenas lo acompañan, pues él sigue adelante
Como llamado por voz inaudible.
Conoce este hombre todas las heridas,
Las lleva como huellas sobre su corazón,
Lugar en el que alberga su bagaje,
Ese su fiel tesoro frente al mundo,
Frente a la muerte que derrotará
Las sábanas calientes de su cuerpo,
El fulgor de su amada que fue espiga,
La memoria del gozo y el dolor.
¿Por qué no os acercáis a verle el rostro,
Su silueta que va frente al abismo,
Esos labios sellados
Que albergan las palabras más hermosas
Que hayan podido pronunciarse nunca
Sobre las cosas y los seres, sobre
Las ínsulas extrañas del amor?
¿No veis que en él se aloja
Toda la vida desde que aquí estamos?
¿Y vamos a dejar
Que el tiempo y que la muerte
Invadan los jardines de sus días,
La herencia acumulada en sus entrañas
Para ser plenitud, prolongación,
Para mucha belleza y mucha vida?
Y esa serenidad arrebatada
Que lleva en su figura
Es marca honda de conocimiento,
Es señal del amor de tantas noches,
Cicatriz del dolor asimilado.
Mas la sutura esconde tanta música
Que el silencio en que va por el camino
Tiene que resolverse en aire y en canción
Que la lluvia desgrana por los grises
De la luz hecha sábana, hecha rostro.
Y esas huellas hermosas del amor
¿De quién nos hablan?
¿Cómo tanta belleza va a la muerte?
Acercaos a él,
Detened la alternancia de sus pasos,
Quitadle de los labios el invisible lacre,
Decidle que pronuncie, que haga voz
El territorio que se aloja en él.

Escucharéis otro rumor distinto,
Escucharéis la fuente que llevamos,
Que es música y silencio,
Escucharéis las sílabas del mundo.

Erizo

la poesía no sólo es comunicación; es, antes que nada o mucho
antes de que pueda llegar a ser comunicada, incomunicación,
cosa para andar en lo oculto, para echar púas de erizo y
quedarse en un agujero sin que nadie nos vea.

(José Ángel Valente)

Se retrajo a su centro,
A su ser, a su espacio.
Quería encontrar el flujo de la vida, el latir,
Las arterias del mundo en su morada.
Se ensimismó. El tumulto,
El tráfago, el veloz
Combate de los hombres, sus luchas, sus codicias,
Los signos destruían
De su ser tan minúsculo,
La urdimbre en la que estaban
Tejidos sus latidos.
Quería comulgar con lo pequeño,
Con el germen vital de lo sagrado,
Con los seres humildes que a su ser se entregaban,
Con el fulgor de la naturaleza,
La puerta germinal abierta hacia el misterio,
El secreto jardín que acoge las semillas
Que en el aire serán plenitud luminosa.
Y se fue retirando
En busca de lo amado, hacia su anhelo.
Él de la lentitud hacía su reino.

La casa

De mi casa, piedra tras piedra,

Soporto la demolición

(René Char)

Fue la casa el primer
Espacio del que fui desposeído.
La marca del exilio allí estaba presente.
Del lugar primordial fui despojado
Y ahora cuando pronuncio
Conventino, laurel,
Cortinal, campocasa,
Sala, cocina, escalerón, alcoba,
Cerezo junto al río,
Mi voz expresa al aire las heridas
De la caligrafía de la ausencia.
Otros ámbitos luego
Acogieron mi estar en el espacio,
Mas ninguno fue cifra
Del lugar primordial que me fue dado
Para habitar el mundo.
Hoy no existe la casa
Que me acogió en la tierra,
Que recibió el inicio de mi aliento;
Sólo el peregrinaje de lugar en lugar
Y un espacio en la luz de la memoria
Que da sentido al mundo y que nos salva:
El lugar primordial,
La casa que fue reino.
Exilio del lugar es mi palabra.
Cuando se ha conocido
El espacio indeleble del jardín,
Toda la vida es búsqueda
Para volver a hallarlo.

Estar

Estar
En la armonía de quien nada pide
Sino sólo el lugar
Para su plenitud.
Estar en comunión con lo pequeño,
Con lo que pasa desapercibido;
Con los seres humildes

Que otra huella no dejan que la del sufrimiento.

Estar.

¿Y qué es la vida

Sino esta travesía por un espacio hermoso

Que no nos pertenece?

Estar.

Dame tus manos,

Acoge mi dolor en tus estancias,

En la urdimbre más pura de tu ser.

Estar

En la estela del tiempo

Que nos despoja de lo amado,

Que nos lleva hasta el límite,

Hasta el umbral de sombra

Que una vez traspasado nos devuelve al misterio.

Estar

Despojado, ligero,

En la desposesión, pues nada es necesario

En esta travesía, en la estela del tiempo.

Estar y no pedir

Sino ser algún día

lo que hemos amado.

De pronunciar manzana

Atreveos a decir a qué llamáis manzana.

(Rainer María Rilke)

Pero hay otra manera

De nombrar la manzana.

Manera de trabajo,

De cogerla en septiembre con la madre

Y el abuelo. Llevarla al almacén

En banastos, a lomos

De la caballería.

No es la manzana así

Naturaleza muerta de salón moribundo,

Sino don de los árboles

Para sobrevivir.

Y guardo la memoria de sus nombres:

Normandas o camuesas,

Pedrominganas, dulces,
Reinetas, coloradas, sanjuaniegas,
Verdedoncellas, todas...
Y colores y aromas
Y formas tan hermosas, marcadas por la curva,
Irán siempre conmigo
Aunque no tenga nada
Más que el sabor aquel a delicia del mundo.
Pero hay otra manera
De pronunciar manzana.
Manera de pobreza.
Qué bien la reconozco,
Puesto que he acarreado los banastos con miedo
A caer el tesoro de la carga
Y he sentido que el fruto
Nos era arrebatado
por las manos ociosas.

Arte del verso

1

Rizoma

es como el rizoma que permanece mientras pasan las
flores y los frutos.

(C. G. Jung)

Quisiéramos así nuestra palabra.
Como rizoma oculto que en la tierra
Del corazón se alberga y permanece
Al abrigo del tiempo y de sus ráfagas
Mientras pasan las flores y los frutos.
Rizoma que no es luz pero a ella tiende,
Que no es semilla pero la contiene,
Que no es forma en el aire pero todas
Las formas en su bulbo se sustentan
Y más caducas son que la matriz
Que permanece mientras ellas pasan.

Palabra de raíz, que está dispuesta
En la estancia más honda en que germina
A darse y a ser flor, semilla, fruto,
A tenderse en abrazo a quien alarga
La mano a la otra orilla, al corazón,
Y busca comunión frente a la muerte,
Ser plenitud para vencer el tiempo.
Quisiéramos así nuestra palabra.
Quisiéramos así nuestra palabra.

Paisaje de las montañas de Silesia

(Caspar David Friedrich)

Abandonamos la mirada
Hacia la inmensidad.
Un valle y otro valle se suceden
Velados por la niebla
Que, en sus lechos, es sábana y sudario
Ahora que todo es muerte en el invierno
Y que todo se encuentra recogido
En el cauce que espera germinar
Cuando el momento de lo oscuro pase
Y llegue el de la luz, que es salvación.
Ocupa el horizonte
La montaña elevada, majestad
Sobre el espacio que se nos ofrece
Y que desciende a lo profundo, donde
Habita lo enterrado que es promesa.
Ante la inmensidad
Nos detenemos.
La muerte de los árboles se muestra
En el desnudo limpio de las ramas
Y acude ante nosotros el despojo,
La corteza terrestre en sus arrugas
Que es materia indefensa
Por nadie poseída sino expuesta
A la desolación de estar ahí siempre
Y ser quietud sin tiempo y sin memoria.
Quisiéramos mirar a los adentros
Y ver nuestros abismos, nuestra sombra,
El momento sin nombre de lo oscuro,
El vértigo, el despojo que nos puebla,

Las arrugas del tiempo en nuestra sangre
Y esa desolación
De estar para la muerte.

Montañas cantábricas

(Curavacas y Espigüete)

Expresan las montañas
El tormento de Dios,
Sus grises moteados de verdura
Se entregan a unas líneas
Que cuestionan el orden,
Pues sus trazos reflejan
La sucesión del ánimo.
Pero ahora es quietud
Lo que estuvo entregado al dinamismo
Y es muñón la materia
Como masa deforme de quebrada
Cual se presenta a nuestros ojos.
Y esto es la creación,
Esto fue nacimiento antes de ser olvido,
Inconsciencia alejada
Del devenir del hombre,
Como fuera del tiempo,
Perfección que no es vida
Sino marca que muestra a nuestro transcurrir
Cuánto nos hemos alejado
De la naturaleza,
Cuánta es hoy la distancia entre el latido
De nuestro corazón
Y estas piedras que expresan el origen,
El vértigo que hubo en esa lucha
De Dios con la materia
Hasta hacerla muñón o forma pura
Atravesada por la luz celeste
Y entregada a la noche, tal el ritmo
Que la divinidad donó a la tierra.
Expresan las montañas
La orografía de mi corazón,
El vértigo de estar hoy en el mundo
Entregado a ser límite en el tiempo.

Agnus Dei

(Zurbarán, Museo del Prado)

Sigue el cordero ahí,
En espacio esencial ante tiniebla,
Sobre una mesa gris, ara del mundo.
Tan quieto y maniatado,
Nos pide la piedad
Con un silencio blanco que apacigua.
Siempre fue de los mansos
El espacio letal del sacrificio,
Esa entrega al dolor
En busca de un sentido que se escapa
A la gula voraz de los verdugos.

Invócanos, cordero,
Desde lo indescifrable de tu estar
De otra manera.
Ten piedad de nosotros,
Que vivimos de espaldas al sentido
Que tú transmites con tu mansedumbre.
Pide que desatemos
Las cuerdas de tus patas maniatadas.
Ya no podemos soportar
Ese estado de gracia que te inviste,
Ese tu estar ajeno
A la atadura que hoy el mal del mundo
Te tiene colocada.

Ya no sabemos invocarte,
Tampoco soportamos
Tu súplica callada,
Tu gracia, tu quietud, tu mansedumbre,
Tu silencio, tu entrega, tu dolor...
Cifrados en el ser de la blancura.

Ten piedad de nosotros.

Aunque no lo alcanzamos

Toda la vida entera
Nos pasamos cantando,
Para expresar el himno
Que muy dentro llevamos.

No sabemos qué dice,
Cuáles son las palabras,
Pero lo hemos oído,
Aunque se nos escapa.

Con palabras solemnes
Fue en un tiempo cantado,
Mas buscamos nosotros
Decirlo en canto llano.

A veces toda el alma
Nos incendia una hoguera,
Las sílabas del mundo
Ser cantadas quisieran.

Mas ya el aliento amplio
No acude en nuestro apoyo;
Amamos lo pequeño,
Mucho menos lo heroico.

Toda la vida entera
No es más que un mero ensayo
Para expresar el himno,
Aunque no lo alcanzamos.

Toda la vida entera
Es un tanteo vano
Para dar con las sílabas

Y el sentido del canto.

Topografía de la herida

Cucharilla

Para Ana y Pablo.

A diario disuelvo
En mi café el azúcar
Con esa cucharilla con la cual mis dos hijos
Tomaban la papilla cuando eran
Muy niños todavía, tiempo de oro,
Que sigue en el cajón de la cocina
Con su brillo de siempre,
Con su inocencia, ay, también de siempre;
Y la llevo a mi boca
Con las gotas calientes de café,
Con las gotas calientes
Aún de aquellos días
Que en mí siguen tan vivos
Porque es la materia de ellos.
Y llega al paladar,
Al cielo de mi boca ese consuelo,
Ese amor que se encuentra
En haber compartido la cuchara
Para alzar la papilla o el café
Hasta el cielo mejor de nuestros días.
A diario necesito
La infancia de mis hijos, la disuelvo
Como azúcar lograda en mi café;
Saco la cucharilla
De ese cajón que se halla
Tan vivo en mi memoria,
Y doy vueltas al vaso
Y resuena el cristal, su transparencia,
Como en los días claros, tan hermosos.
Y papilla o café
Dan lo mismo, que todo
Se nos vuelve nutricio si sabemos
Despertar su sentido, llegar al corazón.
A diario disuelvo
Mi vida en lo que amo.
Nunca me faltará
La mejor cucharilla.

Helmantica revisited

quietas las torres en el cielo quieto.

(Miguel de Unamuno)

Esta ciudad a la que soy ajeno
Esta tarde que vuelvo a visitarla,
A recorrer sus calles que me traen,
Que me devuelven la memoria de
Tantas horas vividas,
Y a la que sin embargo estoy ligado
Por no sé qué alianza
De aquellos días ya lejanos, ya
Borrados de la vida, aunque no del recuerdo.
Y ahora la catedral
Surge sobre las aguas, se levanta
Sobre ramas desnudas del invierno,
Y de nuevo las torres
Me dicen si recuerdo aquellas tardes
De descenso hasta el río, hasta los chopos,
Aquellas tardes de contemplación
Al llegar el buen tiempo
En que el muchacho aquel que fui se ensimismaba
Con las aguas, el cielo y la verdura,
Cuando buscaba siempre soledad,
Un territorio propio
Donde poder edificar la vida
En aquella alianza del hombre y la belleza
Que la propia ciudad proporcionaba
Con la unión de arte y mundo,
De armonía, equilibrio y experiencia.
No respondo a las torres y me adentro
Por las calles oscuras, invernales,
En busca del recuerdo de momentos vividos,
De momentos dichosos
Que sean capaces de
Apaciguarme este dolor de hoy,
Esta herida indefensa que me sangra
Cuando vuelvo al lugar
En el que un día fui joven, en el que
Aprendí que los sueños
Dignifican la vida,
Lo mismo que el saber, si es verdadero.

Pero la noche llega
Y he de partir, no encuentro
Las respuestas que busco.
Las torres siguen quietas bajo el cielo estrellado.

Ángel de Reims

También desde la piedra
Tú contemplas el mundo,
Ángel de la sonrisa;
Desde otro territorio que no es tiempo,
Que existe más allá de nuestro desamparo.
Sostienes con tu mano
Los pliegues de la tela, todo es gracia
En tu gesto, en tu rostro, en tu figura.
Requiere tu mirada una presencia
Dispuesta a hacerse cómplice
Del gozo y del misterio de tus ojos.
¿Hacia quién te diriges?
¿Dónde se halla el secreto
Que te lleva sereno a tanto júbilo?
Giras el cuello en busca de otro rostro
Tú que estás en lo alto
E inclinas tu cabeza acogedora
Hacia el suelo en que estamos, hacia el fondo
Donde yacemos en el limo
Y nos haces partícipes del sueño
Que alberga tu sonrisa.
Es una invitación.
¿Sabremos devolverte
Nuestra presencia
Para ser algún día plenitud?

Ávila

Elevada en la cima de la luz
Te ofreces a los cielos
Con la corona hermosa
De tus murallas que peinan el aire,
Que defienden la ofrenda de la vida,
Que elevan el clamor de la palabra
A las moradas últimas.

Celebras en tu estancia desposorios
De la tierra y el cielo
Y tu afán de ascensión
Purifica las cosas, la mirada
Que se hace claridad
Y se integra en el mundo.
Hay en ti una quietud,
Un tiempo detenido
Que teje con silencio
La experiencia interior de quien contempla,
Lo mismo que esos lienzos
De las estancias íntimas
Se hacen en los telares más secretos
Por las manos más limpias
Y delicadas siempre.

Ahora me he de callar.
Sólo te pido
Esa luz interior que en ti reside.
Necesito encender mi corazón
Con una nueva y más limpia mirada.

Manzana

Siempre alguna manzana
Quedaba en la capulla, inalcanzable,
Tras haber recogido
Los frutos en septiembre.
Nadie llegaba allí
A la cima del árbol
Y sólo la mirada comprendía
Que hay objetos de oro
Vedados a la gula
De quien toca y posee.
Quedaba allí en lo alto la manzana
Al aire y a las luces del otoño,
Su piel lustrosa se iba enrojeciendo
Hasta volverse lumbre
O muy dorada luz.
Y encendía en nosotros
Anhelos de una vida más dichosa,
De una vida más alta,
En nosotros, tejidos
En la urdimbre terrestre

Con hilos de misterio y de dolor,
De tiempo, vida y muerte,
De alegría y de sombra.

Lejos, allá en la luz
Otra vida distinta,
La manzana más alta,
El fruto inalcanzable.

Río Tormes

Como si aquí las aguas no supieran
Su destino de mar y se estancaran
En busca de la imagen de las torres,
De los alisos, fresnos, del molino,
De los tejados, muros, de los chopos
Y quisieran saber
Algo de los sillares de esta puente,
De los arcos, del paso
Fugaz de carros y de transeúntes,
Algo de ese misterio
Que el tiempo esconde bajo la quietud
Tan aparente con que vemos todo.
Como si aquí las aguas
No quisieran hablarnos de la muerte
Ni del destino que de destrucción
Padece lo que está sujeto al tiempo.
Y en esta eternidad que es tan efímera
Hay una invitación -sólo apariencia-
A ser hermanos de lo duradero.
Pero es mera ilusión,
nuestra figura
No resiste el reflejo de las aguas,
Como lo hacen las torres o los álamos,
Se va con la corriente, con el tiempo
A las riberas siempre de la pérdida,
A esa fusión oscura con la nada.

Sólo somos hermanos de la muerte.

Fotografía de Oriol Maspons

(Portada del libro Caminando por Las Hurdes, de A. López Salinas y A. Ferres)

Ese paso de danza
De la mujer humilde
Delante de su puerta,
Con la escoba en la mano,
Quiere ser expresión de la alegría,
De ese gozo que lleva, ensimismado,
En el rostro, que mira a sus adentros
Y sonríe dichoso,
No para nadie, sino porque el alma
Se sabe en plenitud,
Aunque ella nada sepa, la mujer,
Más que vive y que es pobre
Y que lleva una escoba entre sus dedos
Y un niño que se agarra a su vestido.
Pero ella ahora se muestra
En el umbral de su vivienda, digna
Y con un gozo pleno, ensimismado,
Levemente inclinada su cabeza
Y cerrados los párpados
Mas en franca sonrisa fascinada,
Porque todo es un don
Y nada merecemos.
Y sus pies con sandalias tan humildes
Y desnudos, sin más,
Muestran en su quietud
Ese paso de danza reverente,
Ese otro modo de sonrisa,
De plenitud lograda.
Y sus ropas tan pobres
No desmienten tampoco una belleza
Aquí manifestada, sí, en el ser,
Que se ofrece en el marco de su puerta
Con toda su pobreza,
mas también
Con el don cenital de su alegría.

Semáforo abierto

Suena para los ciegos
Esta música verde.
Y los que ven confían en sus ojos
Y dirigen sus pasos
A la otra orilla,
Pero no oyen la música
Ni aman la lentitud
Ni el sigilo de aquel que va inseguro,
Que tantea en la sombra
En busca de un rumor que le ha llegado
Sin saber desde dónde
Y va hacia la otra orilla,
Hacia el centro de algo
Que siempre se le escapa,
Tanteando en lo oscuro,
Porque hay otra manera
De conseguir la luz.

De la intemperie

(anhelo, 1)

Escuchar a aquel niño
Rodeado de todas las mujeres
Pronunciar la leyenda de la edad
Mítica, misteriosa,
Con palabras
Ya por siempre hechizadas:
Maranjel, melenera, zapatitos,
Moradas medias -¿dónde?-,
Una almohada de seda
Para soñar la infancia.

(trevejo)

Las tumbas en la roca
Ya vacías de cuerpos
Recogen hoy el agua de la lluvia.

El granito excavado
Muestra la anatomía en su oquedad
Y ya ni huesos quedan ni cenizas.
Las nubes en el agua
Entregan lo celeste a su reflejo
Como si sepultado
Se fuera a recoger, cuando se escapa.
Del hombre sólo el hueco
Formado en el granito permanece,
De su labor ya nada
Sino sillares del castillo en
la derrota del monte.

(la voz)

Se entrega ahora la voz a lo más puro,
A estas líneas de lomas, a estos montes,
A estos chopos y robles despojados
De sus hojas de otoño.
Es todo aquí esencial,
Entregado a la nieve que es silencio
Y caída y quietud y recogida.
Y sabe aquí el paisaje de la espera,
Sabe que resistir es lo que importa
Mientras que lo esencial nos acompañe
Frente a tanta hojarasca,
frente a tanta hojarasca.

(adrenalina)

Hervía allí en el cazo
La jeringuilla de cristal usada
Y asimismo la aguja
De una labra dorada sin fulgor,
Para inyectarse adrenalina.
Era el juego del frasco y de la ampolla,
Del polvo blanco convertido en líquido
Que se aplicaba con el pico al brazo.
Después siempre brotaban
Unas gotas de sangre
Sobre la piel aún tersa,
Que manchaban de vida el algodón.

También era otro juego
Del aire y de su ausencia,
Del asma y del ahogo,
Esa dificultad que entorpece vivir.

Abuelo, no se apure.

(lucero)

Tú, insecto de luz,
En las noches luciérnagas
De principios de julio,
Que nos descubres que
No hay otra guía propia
Que la del corazón,
Esa luz que en ti arde
Y en nosotros tratamos de avivar,
Sal esta noche mientras
Ascendemos la plata del camino
Marcada por la luna
Y sé estrella en nosotros,
Tú, lucero, luciérnaga,
Leve insecto de luz.

(luz eléctrica)

La daba el encargado en la casilla
Desde el oscurecer
Hasta el amanecer del día siguiente.
Una sola bombilla en cada casa
Para alumbrar la noche,
Una pequeña luz
Para tanta pobreza,
Para las dos estancias de más uso:
Campocasa y cocina.
Pero ese leve filo verdadero
Cuánto me acompañó
Y me enseñó el secreto
De vasares y cántaras
Y de la cuna aquella de madera

En que sobre un jergón gastado
De hojas de mazaroca
Siempre se hallaba un niño cuyo llanto
No lograba acunar tanta miseria.

(oeste)

Ha visto el abandono de la piedra:
Paredes alineadas
Para espacios baldíos,
Huérfanos ya de brazos.
Los almendros con sus mandorlas secas,
Ya sin recolección.
La ausencia del amor en las alcobas,
Ya no hay juegos de niños por las calles
Ni en la escuela se entona
El alfabeto del origen,
La tabla con guarismos de existencia.
Los ganados no rumian
Los pastizales de ningún futuro.
Un edicto no escrito
Les hizo desfilar
De espaldas a la luz ya para siempre.

(anhelo, 2)

Recorrer otra vez la cordillera,
Por las crestas sentir bramar el aire,
Junto con el abuelo
Entre brezos, chaguarzos, entre escobas
Y el tapabocas de la protección.
Volver a aquel lugar,
Al tiempo mítico de la pobreza,
A aquellas escaleras en que todos
Tejían con sus voces
La narración del mundo.

Cordilleras del alba.

(flor de la cirigüeña)

Cuatro pétalos bastan
Para que la belleza
Asume allí en el ras de la pared
Donde acaso una escoba
La barra sin fijarse en su presencia.
Y no para ser vista,
Mas para celebrar
Los puntos cardinales,
Todas las direcciones, necesarias
Para un mejor saber sentir el mundo.
Belleza a ras del suelo,
La que no excluye a nadie,
-Aunque pase una escoba y sea barrida-,
La mía, la de todos
Los que no tienen miedo
A florecer en la intemperie.

(castaño)

Tú que te quedas
En el lugar,
Cuida, castaño, de nosotros.
Sé fiel a tu quietud,
Está
En tu recogimiento
Y vela
De
Nuestra intemperie,
Acógela en el seno de tu copa
Y protege
Lo que dejamos
Aquí,
Tú que te quedas.

(mañana)

Mañana,

Defiende mi alegría,
Haz que el vuelo del pájaro
Me acompañe en la sombra,
Dame tu nacimiento
Y renueva mis sábanas
Y ponlas a orear,
Que se desprendan de la noche,
Dame una flor de luz que me acompañe,
Una lámpara abierta
Para arder en mis ojos.
Defiende mi rumor
Y conviértelo en cántico,
Mañana.

(anhelo, 3)

Que tanta plenitud
Como vivo contigo
En el reino lustral de la semilla
Encuentre su extensión
En ese otro jardín
donde estaremos.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

